

XVI Premio Iberoamericano
de Poesía Hermanos Machado

Jorge Fernández Gonzalo

Topografía marina



Vandalia, 125

Esta obra ha sido galardonada con el XVI Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado, convocado por el Instituto de la Cultura y de las Artes del Ayuntamiento de Sevilla (ICAS) con la colaboración de la Fundación José Manuel Lara. Formaron parte del jurado, presidido por Angie Moreno, delegada de Turismo y Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, Jacobo Cortines, Ignacio F. Garmendia, Abelardo Linares y Javier Salvago, actuando como secretario Francisco Javier Muñoz León, jefe de Servicio de Gestión Administrativa y Subvenciones del ICAS

NO8DO

AYUNTAMIENTO DE SEVILLA

Director de colección: Jacobo Cortines
Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: junio, 2026

© Jorge Fernández Gonzalo, 2026
© Fundación José Manuel Lara, 2026
Avda. Reino Unido, 11, 1º. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Diseño: Estudio Manuel Ortiz
Maquetación: Manuel Rosal

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 1601-2026
ISBN: 978-84-19132-87-1
Printed in Spain-Impreso en España

LIBRO I
A LA INTEMPERIE



— | | —

Esta es la nostalgia, morar en la onda
y no tener patria en el tiempo.

RAINER MARIA RILKE

— | | —



MAR DE NUBES

Hoy he subido al pico más alto de la isla
y he visto el mar de nubes, la hondonada
del tamaño de un mundo, el valle diluido
entre el vapor, entre la mansedumbre,

y he pensado en los días de mi infancia
en que ser niño era
la única cordura;
en que el mundo era nuestro
por caber en la palma de la mano.

¿O qué otra cosa es este paisaje
sino los restos de una posesión,
bosques algodonosos ensartados de infancia,
despojos admirables,
festejos de inocencia que hurtas con mirarlos?

Lo que nos duele es pertenencia.
Lo que admiramos son rapacidades.

El mar. El mar de nubes.
Agudicé la vista y distinguí entre ellas
un pueblo entreverado por la niebla,
resistiendo el empuje de la bruma
como un domo de nieve
que pudiera agitar en la distancia.

Cómo no ver, me dije,
un símbolo de aquello que he perdido
pero que aún resiste,
que mella la pureza

del olvido y que salda
tras todos estos años la deuda de mi asombro.

Cómo saber por qué nos merecemos
el don de la belleza,
la garantía de las formas,
el lento sucederse de la tarde.

Porque de todo lo que fuimos,
de todas las certezas que acopiamos,
solo en la lluvia frágil
de la niñez logramos entendernos,
soldar el fuselaje de los signos
con que ensamblamos una vida.

Contemplar el paisaje.
Contemplar el paisaje y percibirse
al menos un segundo igual que el pájaro.
Sobrevolar la vida como si al recordarla
pudiéramos trazar algún camino,
una ruta, cordajes, travesías,
tramas con que enlazar la duda de ser hombre
con el imperio azul de nuestra infancia.

Hoy he subido a ver el mar de nubes
y he sabido que nunca seré niño,
que quizá no lo fui tampoco entonces
porque necesitaba el artificio
de la literatura;
que acaso sea hora de atajar esta isla
que soy, de comprender este nublaje,
de escribirme y surcarme en las palabras,
trazar topografías

— |

marinas de mi alma
con las que compensar a aquel pequeño yo
que pasaba las tardes entre libros
para que hoy pudiera recordarlo
—inventarlo, tal vez—
ante este mar cuajado de franqueza.

Seguiré mi camino.
Tropezaré con todas, cada una
de las piedras que encuentre.
Mi dolor es la brújula de un mundo
aún por fabular a la intemperie.